

do no alcanza el bien que se propone, vigilante y bienhechora consuela y fortifica al enfermo, y esparce á su derredor el perfume saludable de la esperanza, dón el más precioso de todos.

Y ¿qué decir de la falta de caridad de algunos de nuestros compañeros; de esa caridad, dón inestimable, de que debieran estar dotados más especialmente todos los médicos sin excepcion, cualesquiera que fueran sus ideas y sus creencias? ¿Qué decir de los médicos avaros que se hacen pagar con usura un renombre adquirido quizá en medio de las vicisitudes de la vida; que no dan un paso, que no distraen una mirada, ni ménos pierden su tiempo en recetar á un paciente, si ántes no se les asegura una exagerada recompensa, y que, en cambio, cuando ven en lontananza un pingüe negocio, se despierta en ellos una febril actividad? No podemos decir otra cosa sino que son los mercaderes de la profesion. Felizmente esta clase de tipos escasean entre nuestro distinguido cuerpo facultativo, y no forman sino excepciones, excepciones que en todas partes y en todos los tiempos ha habido siempre y habrá miéntras la humanidad sea humanidad. Y esos médicos debieran recordar que si la vida, como dice Auber, se revela en el estremecimiento de la sensitiva; si se manifiesta en los movimientos de los astros y de los animales; si se pinta en los trabajos de los hombres, y si se contempla en la creacion: la más bella y sublime manifestacion de esa vida es su encarnacion en los actos de caridad hechos en los semejantes, pues que no debieran olvidar que el hombre, sin esta virtud, es como cuerpo sin alma, como flor sin perfume, como música sin armonías y como día sin aurora y sin crepúsculo. Al médico, en efecto, como dice Cabanis, es á quien toca llevar caritativo, al enfermo dolorido, los consuelos más dulces de su profesion; él es quien puede penetrar más adentro en la confianza del infortunio y de la debilidad, y él es quien puede verter sobre sus llagas el bálsamo saludable de la caridad.

Pero es necesario confesar tambien que para que el médico pueda dedicarse enteramente á su sacerdocio, debe buscar en sus enfermos, segun decia un antiguo profesor mexicano, el Sr. Robredo, tres cualidades que no en todos se hallan: *fe* en la Medicina, *esperanza* de la curacion y *caridad* con el médico, y esta última, generalmente escasea mucho entre nuestra sociedad, que pretende exigir del facultativo más de lo que permite la filantropía universal; cometiendo con él frecuentes abusos; negándole sus honorarios; escatimándoselos cuanto más puede,

creyendo que por sólo el hecho de ejercer tan abnegada profesion está obligado á todo; que para él no debe haber descanso que apetecer, ni necesidades urgentes que llenar, sino que debe ser su verdadero esclavo: errores todos contra los cuales ya es tiempo de protestar. No es justo permitir, y hagámoslo así saber muy claro á la sociedad, que se nos reciba al tocar á la alcoba de los enfermos y se nos despida al salir del dintel de las casas, llenándonos de bendiciones y recordándonos el premio que Dios tiene asignado á la caridad, pero sin pagarnos los justos honorarios, porque los médicos, lo mismo que los miembros de las demas profesiones, tenemos tambien necesidades que satisfacer, y obligaciones que llenar, y deber es de esa sociedad á quien servimos, contribuir con su óbolo para nuestro conveniente sostenimiento y para el de una vida consagrada toda al alivio de los dolores de la humanidad.

Respecto de las relaciones que guardan nuestros médicos entre sí, sólo podemos decir, que creemos que, como en todas partes, es imposible hacer desaparecer esas jerarquias que hacen establecer la edad, el talento y el dinero.

En tésis general creemos, pues, poder decir, que los preceptos de la moral médica forman el decálogo supremo de la mayor parte de los médicos mexicanos. De ellos podemos asentar con el eminente facultativo español Gimeno: que en la cátedra pública donde vierten las semillas del saber; que en la práctica de las ciudades donde tiemplan y consuelan las amarguras de las miserias que dora el vicio y en la de los pueblos donde sufren los tormentos de la ignorancia; que en los tribunales ante los que dirigen la justicia con el recto criterio de la ciencia que nunca transige más que con la verdad; que en los hospitales cuya atmósfera agota su salud; que en el lazareto cuyos peligros no les arredran; que en el buque perdido en lejanos mares donde sufren las soledades y las inclemencias del elemento; que en el manicomio frente á frente del sombrío sueño de la razon que procuran sondear; que en el campo de batalla en donde no pocas veces de frios espectadores se convierten en valientes soldados; que en todas partes, en fin, donde hay algo que enseñar, dolores que disminuir, desgracias que atender: en donde quiera se les encuentra, siempre heróicos y serenos siempre, consoladores y sublimes, pues que la ciencia los inspira, la caridad los guía y la ciencia los sostiene. Y aquí debemos consignar, que si esa moral los guía, y si observan sus preceptos, todo no es sino por inspiraciones

naturales de su corazón, pues que si en un tiempo (todavía en el año de 1860) se les inculcaban en la Universidad esas enseñanzas, en nuestra Escuela nunca las ha habido y casi son desconocidas, no obstante que son tan necesarias para la juventud, que poco avezada á las peripecias de la vida práctica, necesita ahora, más que nunca, de sabios consejos, del buen ejemplo y de la enseñanza de sanas y severas prácticas.

Para terminar, nos atreveríamos á afirmar sin hipérbole, del gremio médico mexicano, parodiando lo que decía del Cuerpo francés el célebre Conde de Salvandy: que por sus condiciones de estudios, por sus luces, por sus servicios, y, lo que vale más aún, por su abnegación siempre caritativa y frecuentemente heroica, es una parte esencial y considerable de la sociedad mexicana, y que su constitución importa á los intereses más caros y más elevados del Estado.

CAPITULO XLI.

Bibliografía médica de este período.

La bibliografía médica del actual período es demasiado pobre.—Ya es tiempo de ir procurando enriquecerla.—Para esto es necesario ir prestando más atención á los estudios literarios.—Primeros artículos que se empezaron á publicar sobre el ramo.—Periódicos médicos.—Memorias y Monografías de Medicina.—Juicios sobre algunas de ellas.—Tesis de la Escuela N. de Medicina.—Obras formales que se han dado á luz.—Algunas que están en vía de publicarse.—Bibliografía médica de los Estados.

La publicación de obras, parto del ingenio médico, es la última y más elevada faz del ejercicio de la Medicina. Veamos, pues, considerado este último de esa manera, cual es el estado que ha guardado la bibliografía médica pátria en lo que va de este período.

Pobres, pobrísimas, en verdad, son nuestra bibliografía y nuestra literatura médicas, en el espacio de tiempo que va transcurrido desde el año de 1833 hasta la fecha. Ya sea por la apatía de nuestros hombres de ciencia; ya por su poca ó ninguna costumbre de escribir, ó ya, como algunos quieren, porque nada hacemos que sea original, sino que todas nuestras prácticas y todas nuestras obras son fieles trasuntos y copias serviles de las observaciones, estudios y obras que nos vienen de allende el Océano, es lo cierto que, registrense nuestras bibliotecas públicas y particulares y visítense nuestras Academias, y apenas si se encontrarán contadas producciones médicas nacionales, perdidas, gotas de agua en el mar, en el *mare magnum* de obras europeas, especialmente francesas y alemanas, que hoy invaden é inundan nuestros gabinetes.

Y ya es preciso pensar en un cambio radical en esa nuestra manera de ser. La dignidad profesional y el amor propio están altamente interesados en que nuestra Facultad se independe cuanto ántes de esa tutela científica y de ese servilismo á que hasta hoy ha estado sujeta á otras naciones, que le han prestado sus libros de texto, que le han fa-